



UNA PARADOJA MAS

La muerte de Carmine Galante "capo di tutti" aparece como otro episodio en la saga del crimen organizado norteamericano, sin más novedad que los insólitos detalles que habitualmente acompañan estos sucesos.

La rutina con que hechos de esta índole ocurren, tiende a hacernos olvidar su gravedad.

Dos motivos, sin embargo, nos mueven a hacer algunas reflexiones en esta ocasión.

El primero es que los Estados Unidos de Norteamérica han comprometido por mucho tiempo nuestra parcial admiración, al generar un sistema consistente que ellos —casi unánimemente— estiman como el más adecuado para el pleno desarrollo del individuo en su sociedad y también en la de otros.

El segundo deriva de que el crimen que nos ocupa no es un hecho ni aislado ni ocasional, sino que constituye un capítulo más de la historia de ese "Estado" —que es la Mafia— enquistado dentro del Estado del Norte. Y decimos estado por más de una analogía. No solamente ocupa, gobierna e impone su sistema a un determinado espacio geográfico y a su población, sino —además— porque el Estado legítimo ha sido incapaz, en más de 50 años, de superar dicha situación o al menos de congelarla. Por el contrario, progresivamente esta viciosa sociedad se ha ramificado extendiendo y comprometiendo a la nación en hechos y actividades que lindan en lo inverosímil. En efecto, los propios Comités del Senado han revelado, no sólo el inmenso poder delictual que aquélla posee, al controlar las drogas, la prostitución, el juego ilegal y su poderosa influencia en conglomerados, industrias y actividades, incluso estratégicas, sino la intervención directa en la política interna y externa de ese país.

Demás está recordar la injerencia de la Mafia en casos precisos, como el asesinato de prominentes políticos y luego de sus ejecutores, o las invasiones y actos bélicos exitosos o frustrados en otros países, acontecimientos todos de público conocimiento. Mirado el fenómeno desde la distancia, provoca singular preocupación contemplar cómo una inmensa mayoría norteamericana, "la mayoría silenciosa", sana, creadora, bien inspirada, permanece muda e inerte frente a esta situación que afecta prácticamente a cada familia en particular. Así vemos niños, jóvenes, hombres maduros y ancianos azotados por el flajelo de las drogas, la criminalidad urbana, o simplemente, por la inseguridad a múltiples niveles. La inquietud se agrava al considerar cómo una Nación grande y poderosa, de la cual de-

pende parte importante del destino de Occidente, se encuentra impotente frente al crimen organizado, no obstante estar sus líderes identificados, sus crímenes configurados y su actividad en pleno desarrollo, todo esto en absoluta impunidad.

Jamás la historia había registrado un fenómeno delictual de esta magnitud. Una situación así rebalsa lo meramente policial, hasta convertirse en un problema moral e institucional que las autoridades políticas no pueden soslayar. Sólo la confianza en los recursos morales del pueblo de los Estados Unidos hace presumir que exigirán a sus líderes tomar las providencias necesarias que permitan erradicar esta situación, evitando un espectáculo indigno de cualquier nación civilizada.

Ahora bien, mirado el problema más particularmente, desde un país que es habitualmente condenado por los mismos políticos norteamericanos por haber superado una crisis cuya "mayoría silenciosa", en este caso la del pueblo chileno, exigió afrontar para defender su seguridad y la del país, la situación estadounidense resulta absolutamente paradójal. Uno tiende a recordar entonces aquel adagio bíblico que critica al que "ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio".

R

